

Un Cosmos con propósito: Por qué Jesús no nos promete una vida después de la vida

*Jesucristo personifica el significado de la vida, la meta de la historia
y el patrón para el futuro.*

Por Russell D. Moore

Hay una parcela, en algún lugar, esperando un cadáver. No importa quién seas ni dónde estés, algún día estarás bien muerto. Y dentro de 100 años, es probable que nadie se acuerde de tu nombre—aun las personas que llevan tus genes en su sangre. Vemos nuestro futuro moral en todo, desde las fuerzas naturales que quitan el color de nuestro pelo hasta la bacteria que finalmente reducirá nuestros cuerpos a una pulpa agusanada. El universo gira alrededor nuestro frenéticamente y, en todos los casos, nos termina matando.

No es sólo una cuestión de nuestros destinos individuales. Si somos honestos, el mundo alrededor nuestro parece ser una prueba bastante buena de que el evangelio no es verdad. ¿Acaso el cosmos parece ser tal como los nihilistas lo describen?: Una maquina sangrienta y sin misericordia en la cual el poder, y no la bondad ni la belleza, es máximo. Entonces, ¿cuál es el significado de la vida? ¿Cuál es el propósito de la historia? Si no conduce a ningún lado, entonces ¿qué diferencia marca mi existencia?

El evangelio del reino no huye de esta clase de preguntas, pero nuestra predicación tiende a dar muchas vueltas en las respuestas que ofrece. Como cristianos, solemos comenzar nuestra proclamación del evangelio con el triunfo sobre el pecado. Está bien; el evangelio de Cristo ciertamente es la revocación del pecado, y de la muerte y el infierno. Pero sin un contexto más amplio, este estilo de enseñanza puede tratar a Cristo como un medio para alcanzar un fin, un paso desde el alfa de Edén hacia la omega del cielo. Sin embargo, en una visión verdaderamente cristiana del reino de Dios, Jesús de Nazaret no es un trámite que realizamos con el fin de extender nuestras vidas a la eternidad. Jesús es el reino de Dios personificado. Y como tal, él es el significado de la vida, la meta de la historia y el patrón para el futuro. El evangelio del reino comienza y termina con el anuncio de que Dios ha puesto a Jesús como emperador—y que piensa someter al cosmos a la agenda de Jesús, y no al revés.

Jesús y sus apóstoles anunciaron, junto con el inicio del reino de Dios, un “misterio” descubierto, uno que explica los “por qué” de todo lo que hay en el universo. Las escrituras hebreas revelaron que el mundo fue llamado a formarse por orden de la Palabra de Dios. Pero el misterio del reino nos muestra que esta Palabra es personal, haciéndose carne y morando dentro nuestro (Juan 1:18). Toda cultura ha experimentado el desenfreno del deseo sexual y ha buscado salvaguardar ese deseo en algún estilo de matrimonio. Génesis nos dice que esto fue “desde el principio”, pero el misterio del reino nos muestra por qué el impulso hacia la unión “una sola

carne” es tan desenfrenado y dinámico. Es un ícono, una imagen adelantada, de la unión entre Cristo y su iglesia (Ef. 5:21-33).

Anunciando el reino

A pesar de nuestras alucinantes exploraciones de lo telescópico y lo microscópico, mucho del cosmos sigue siendo un misterio. Sin embargo, parece tener cierto ritmo. El evangelio cristiano dice que el universo que habitamos está diseñado según el modelo del propósito de Dios en Cristo Jesús. Pablo le dice a la iglesia colosense, hablando de Jesús, que “Todo ha sido creado por medio de Él y para Él” y que “en Él todas las cosas permanecen” (Col. 16-17).

Con Jesús en la fundación de los propósitos de Dios, vemos por qué las escrituras son tan frecuentemente una historia deprimente de reinos en caída. Cuando Dios pensó en Adán y Eva, los pensó como sus siervos a los que les entregaría la autoridad de reinar como rey y reina del universo, pero ellos decidieron entregarle esa autoridad a un vil reptil invasor. Los israelitas son llamados a ser una “luz a las naciones”, pero una y otra vez se inclinan hacia el camino de la muerte. Los reyes de Israel se presentan con poder y unción, pero aun los mejores sucumben a la tumba. Para cuando la historia llega a Belén, el trono de David está ocupado por un títere de un imperio pagano. Con razón que esa estrella en el cielo les preocupaba tanto a las autoridades en poder.

Toda civilización se ha imaginado que la vida tiene significado, que la historia conduce a algún lado. Culturas por todo el mundo se imaginan futuros tanto utópicos como apocalípticos, sin importar su religión o nivel de desarrollo. En los convenios con Israel, revelados a lo largo de miles de años de visiones proféticas, Dios prometió un reino de gobierno humano restaurado sobre el trono de David. Lo malo sería corregido, la maldición sería revertida, los hijos y las hijas de Dios reemplazarían a los alienígenas que invadieron la buena creación de Dios.

Cuando Jesús de Nazaret se paró en la sinagoga de su propio pueblo y leyó acerca del reino de Dios, el concepto no era para nada nuevo. Lo que sí era nuevo, lo suficiente como para provocar una violenta manifestación, fue la declaración de Jesús de que el reino de Dios había aparecido y que el Dios del Señor había llegado (Lucas 4:16-30). Quienes escuchaban a Jesús entendían lo megalomaniaco que sonaba que Jesús se identificara con la llegada del nuevo orden de Dios. Querían la gloria, el poder y la seguridad del reino, pero con Jesús como un mero medio para alcanzar ese fin.

Pero Jesús, no se amedrentó. A cada lugar que fue anunció el reino y demostró su llegada al revertir la maldición en todas sus formas. No le perturban los espíritus malignos, las fuerzas naturales, la descomposición biológica—se retraen al sonido de su voz. ¿Por qué? Porque, como él dijo, “Pero si Yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, entonces el reino de Dios ha llegado a ustedes” (Mateo 12:28). Como Rey, Jesús restableció el gobierno humano sobre los órdenes angelicales y naturales al vivir el destino al que sus ancestros caídos habían renunciado. Se estableció como gobernante sabio con dominio sobre sus propios apetitos, con voluntad, con

afecciones y con una consciencia dirigida por su Padre en vez de “el dios de este mundo”. Libre del único poder que los espíritus malignos tienen sobre quienes somos hechos a la imagen de Dios—la acusación del pecado (Juan 14:30) —atravesó el sufrimiento humano y la maldición de la muerte misma para arrebatarnos a la humanidad de los dedos del Acusador.

Jesús satisfizo tanto las esperanzas incrustadas en la psiquis humana de todo el mundo y, más específicamente, las promesas que Dios hizo al pueblo de Israel acerca del reino. Aplicó el simbolismo de esa nación—el templo, el vino, el pastor, la luz de las naciones, etc. —primero a sí mismo, y después a quienes están en él. Los propósitos de Dios para la creación y para su pueblo se hallan en Jesús: maldecido y condenado y entregado a Satanás, pero resucitado de la muerte y marcado por el Espíritu (Ezequiel 37:1-14; Romanos 1:4). Sus enseñanzas preparaban a su pueblo, a través de historias e imágenes y señales, para la vida en su nuevo reino. Y luego le abrió paso a ese reino como “el primogénito de entre los muertos”, la “primicia” del nuevo proyecto de Dios para la creación.

‘Ya’ y ‘Todavía no’

El cristianismo evangélico—como toda rama de la historia de la iglesia—mantiene una tensión entre el “ya” y el “todavía no” de este reino. Esa tensión busca evitar traer el reino demasiado cerca (en el utopianismo o los evangelios políticos) o mantenerlo demasiado lejos (en las obsesiones con los gráficos de las profecías o el aislamiento de la sociedad). Desde la era apostólica hasta la era digital, se ha comprobado que es difícil entender la tensión “ya-todavía no”. Pero, en realidad, no es más complicado que reconciliar la declaración de Jesús de que “el reino de Dios está entre ustedes” con el hecho de que han pasado dos milenios y las espadas se siguen usando para cualquier cosa menos como rejas de arado. La diferencia entre lo que “ya” es y lo que “todavía no” es se resume en la pregunta: “¿Dónde y cómo está gobernando Jesús ahora?”. El reino viene en dos etapas, el Rey Jesús también llega en dos etapas.

La estructura del universo, los convenios con Israel, los reyes, profetas y las instituciones del pueblo de Dios, de alguna manera, todos nos dan una vista previa de la vida de Cristo Jesús. La vida de la iglesia retrata la misma vida, después del hecho. Jesús repite la historia de Israel, desde la unción hasta la tentación hasta el exilio. También nos cuenta que lo seguiremos—desde el Belén de nuestro nuevo nacimiento hasta la Jerusalén de nuestro nuevo reinado. Pero en el medio, lo seguiremos hasta el Lugar del Calvario. Cargaremos nuestras cruces. Para ser glorificados junto con él más adelante, deberemos primero sufrir junto con él (Romanos 1:17).

Dios exalta a Jesús y le concede el reinado a través de su resurrección, pero Jesús todavía no reina sobre todo el universo. Por ejemplo, en prácticamente todos los océanos del planeta, las tormentas siguen poniendo en peligro a los barcos—y a veces a pueblos o naciones enteros—sin ninguna voz silenciadora del galileo. Algún día Jesús someterá todo “bajo sus pies” y le entregará a su Padre su misión cumplida en cuanto al reino. Pero no lo podemos ver con nuestros propios ojos. Sólo por fe vemos que un

hombre ejecutado está reinando ahora desde el cielo, coronado con el poder y la gloria que anhelamos (Hebreos 2:9). De vista, sólo podemos percibir un cosmos afligido, caótico hasta la médula (1 Juan 5:19, Efesios 2:2, 2 Corintios 4:4).

Quienes estamos en Cristo somos ungidos como reyes y reinas pero, en el presente, sólo juzgamos a quienes están en la iglesia, donde reina Jesús ahora mismo a través de la Palabra y el Espíritu (1 Corintios 5). Guardando nuestras espadas, proclamamos al mundo cómo se verá el reino, mientras lo modelamos a través de nuestra misión de reconciliación y amor.

Nuestra predicación no es simplemente compartir información; es la voz de Jesús mediante la asamblea de su reino, abriendo el camino para el nuevo régimen (2 Corintios 5:20). Si quieres saber cómo funciona el nuevo reino, observa cómo cuidamos y honramos a los pobres (Santiago 2:5). Si quieres ver nuestra “plataforma” de cómo manejaremos el universo junto con Jesús, observa nuestras reuniones congregacionales donde tomamos decisiones (1 Corintios 5:1-8). Aun nuestros “dones espirituales —los cuales hoy malinterpretamos gravemente como “meter a la gente en programas”—son recursos del reino. Tu don—sea misericordia, hospitalidad, enseñanza o ánimo—es “botín de guerra” (Efesios 4). Jesús está construyendo el personal de su reino ahora, como un equipo de transición presidencial estableciendo un gobierno sombra entre el día de las elecciones y el día de inauguración.

Una pasantía para el Escatón (final del mundo)

Mientras la iglesia anticipa la llegada del reino, puedo comprender el significado del universo y el propósito de mi vida. El “ya” de mi vida, en el reino, tiene sentido porque, si el propósito de Dios es conformarme a la imagen de Cristo, entonces, como él, no llego completamente formado. Jesús “aprendió obediencia por lo que padeció” (Hebreos 5:8). Si Dios está disponiendo todas las cosas para mi bien, entonces nada en mi vida será una “pérdida de tiempo”. Cada aspecto de mi vida—mis relaciones, mi trabajo, mi familia, mi sufrimiento—es una pasantía para el escatón, preparándome de alguna manera para reinar con Cristo. ¿Cómo puedo valorar al director ejecutivo o al pastor celebridad más que a la mucama del hotel, ya que ella, si está en Cristo, es una futura reina del universo?

Jesús nos muestra la meta del futuro—de nuestras vidas individualmente y congregacionalmente, y de las galaxias y los sistemas solares que nos rodean.

Si el reino es lo que Jesús dice que es, entonces lo que importa no son solamente las cosas que separamos como cosas “espirituales”. El mundo natural que nos rodea no es un “ambiente” temporario, sino parte de nuestra futura herencia en Cristo. Nuestros trabajos—predicando el evangelio, cargando darsenas, cosechando paltas, escribiendo leyes o pastoreando cabras—no son accidentales. Las cosas que hacemos en la iglesia—pasando la ofrenda, acurrucando bebés, adictos a la droga o arreglando el zumbido en el sistema de sonido—no son al azar. Dios nos está enseñando, como le enseñó a

nuestro Señor, a aprender de las cosas pequeñas cómo estar a cargo de cosas grandes (Mateo 25:14-23).

Jesús nos muestra la meta del futuro—nuestras vidas individualmente y congregacionalmente y de las galaxias y los sistemas solares que nos rodean. Tendemos a ignorar el futuro, porque estamos tan consumidos por el drama del aquí y ahora, vemos el futuro simplemente como una continuación de nuestras vidas presentes, con nuestros seres amados, libres de la enfermedad y la muerte. Pero, en Jesús, vemos un futuro que tiene continuidad y discontinuidad. En su vida resucitada, Jesús nos precedió como pionero de la nueva creación.

Tal vez, tememos la muerte no tanto por miedo sino por aburrimiento, pensando que la vida en este mundo es donde ocurre toda la acción, y la vida que está por venir será nada más que un postludio sin fin. Esto se revela en cómo hablamos acerca de “la vida después de la vida”: esto ocurre después de que hayamos vivido nuestras vidas. El reino, entonces, es como un reencuentro de la secundaria, en el cual, personas de mediana edad andan por ahí hablando de “aquellos viejos tiempos”. Pero Jesús no prometió una “vida después de la vida”. Nos promete vida—y esa, eterna. Tu eternidad no se trata de rememorar este plazo de tiempo, como tu vida ahora tampoco se trata de reflexionar sobre el jardín de infantes. En el momento que emerjas del barro arriba de tu tumba, comenzarás una nueva misión apasionante—una que no podrías comprender aunque te contaran. Y esas cosas que parecen ser importantes ahora—ser atractivo, rico, famoso o libre de cáncer—serán totalmente irrelevantes.

Hacia la vida de Jesús

El reino de Dios, tanto ahora como en el porvenir, se trata finalmente de lo que Pablo llama estar “escondido con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3-4) —encontrando tu vida y tu misión en la de Jesús, no en encajarlo a él en el reino que diseñaste tú mismo. Durante demasiado tiempo, hemos llamado a los incrédulos a “recibir a Jesús en su vida”. Jesús no quiere estar en tu vida. Tu vida es un desastre. Jesús te invita a su vida. Y su vida no es aburrida o sin propósito o estática. Es emocionante y apasionante e impredecible.

Ver nuestras vidas ahora, y el universo que nos rodea, como precursores de la vida que está por venir, nos libera de la ingratitud que nos aleja de los buenos dones de Dios. Nos derramos en amar, servir y trabajar porque son semillas de la obra que Dios tiene para nosotros en la siguiente fase. El significado de mi vida nos se halla en el breve intervalo entre el nacimiento y la muerte—en un matrimonio feliz, un trabajo que me satisfaga o el tipo de “éxito” que mis suegros reconocerían en la mesa durante las fiestas.

A cambio, puedo dar gracias a Dios por una vida, un universo y un fluir de la historia que tienen, a la larga, la forma de Cristo. Anhele la llegada del reino que ha borboteado alrededor nuestro, invisible como la levadura. Y anhele el momento

cuando, como heredero del trono del cosmos, me uno a mis hermanos y hermanas—y nuestro pionero galileo—para gritar, “Comamos, bebamos, divirtámonos, porque ayer estábamos muertos”.

Russell D. Moore es decano de la Escuela de Teología del Southern Baptist Theological Seminary, y autor del libro Kingdon First: How the Reign of Christ Transforms Our Churches, Our Families, Our Culture (Crossway), próximo a publicarse.